

dadoso examen buscan el sentido espiritual entienden los beneficios de la oración mejor que quienes sólo ejercitan su mente a base del sentido literal. Procuremos, pues, nosotros no quedarnos sin hijos o estériles como fue el pueblo de Dios oyendo la ley espiritual. Evitemos la esterilidad para que podamos ser escuchados como lo fueron Ana y Ezequías; liberados como Mardoqueo, Ester y Judit de los enemigos espirituales que el malo envía a conspirar contra nosotros. Egipto es un homo de hierro (Dt 4, 20; Jer 11, 4), símbolo del poder terreno. Quien huye del mal de la vida humana sin que su corazón esté inflamado como un horno por el pecado ha de dar gracias no menos que los que fueron probados con el fuego refrigerador (Cántico de los tres jóvenes 27). El que haya sido escuchado en su oración diciendo: «No entregues a la bestia el alma de tu tórtola» (*el alma que ora a ti*, conforme al texto de los LXX, Sal 74, 19) el que no ha sufrido daños de basiliscos y serpientes, porque, gracias a Jesucristo «ha pisado y hollado leones y dragones» (Sal 91, 13) valiéndose del noble poder que dio Jesús para «pisar sobre serpientes y escorpiones y sobre toda potencia enemiga» (Lc 10, 19) sin que tales fuerzas le causen ningún daño. Una persona así debe dar más gracias que Daniel, pues se ha librado de fieras más terribles y peligrosas que aquellas. Además, quien haya comprendido que la ballena de la historia de Jonás es la figura a la cual se refiere Job diciendo «maldíganla los que maldicen el día, los dispuestos a despertar al Leviatán» (Job 3, 8), que se arrepienta y ore y saldrá de ella, si por alguna desobediencia se hallare en el vientre de la ballena. Si se libra y persevera fielmente cumpliendo los mandamientos de Dios con ayuda del Espíritu será capaz de predicar a los ninivitas de hoy que están al borde de la perdición, siendo para ellos causa de salvación, pues ya tiene experiencia de la misericordia de Dios y busca que él no sea riguroso con los que se arrepienten.

5. Los grandes prodigios que dice haber llevado a cabo Samuel por su oración es algo que puede realizar espiritualmente quien de verdad confíe en Dios ahora, por haber merecido que Dios le escuche. Porque está escrito: «Quedaos para ver este gran

prodigio que el Señor realiza ante vuestros ojos. ¿No es ahora la cosecha del trigo? Invocaré al Señor para que haga tronar y llover». Y un poco más adelante añade: «Invocó Samuel al Señor que hizo tronar y llover aquel mismo día» (1 Sam 12,-16-18).

El Señor dice a todos los santos y a los verdaderos discípulos de Jesús: «Alzad vuestros ojos y ved los campos que blanquean ya para la siega. Ya el segador siega y recoge frutos para la vida eterna» (Jn 4, 35-36). En este tiempo de siega el Señor hace prodigios a la vista de quienes escuchan a los profetas. Cuando uno enriquecido con el Espíritu Santo invoca al Señor, Dios envía del cielo truenos y lluvias que empapen el alma, para que quien antes estaba en pecado se halle ahora con gran reverencia delante del Señor y dispensador de gracias venerables y augustas en respuesta a la plegaria escuchada. Elías, que hizo cerrar los cielos durante tres años y medio a causa de los malvados, los abrió después (1 Re 17, 18; Lc 4, 25; Sant 5, 17-18). Esto mismo tiene lugar en quien por medio de la oración recibe lluvia del alma, pues antes los cielos se la habían negado a causa de sus pecados.

14. Lo que debemos pedir

1. Ya que hemos hablado de los beneficios que por la oración reciben los santos, pensemos en el dicho: «Buscad lo grande; las cosas pequeñas os vendrán por añadidura. Buscad las cosas del cielo, las de la tierra os vendrán por añadidura». Cualquier símbolo o tipo de comparación con relación a lo verdadero y espiritual es «pequeño» y «terreno». El Verbo de Dios nos exhorta a que imitemos las oraciones de los santos y pidamos la verdad de lo que ellos conseguían en figura. Esto es: que pidamos las «celestiales» y «grandes» cosas indicadas por las terrenas y pequeñas. La frase quiere decir: «Vosotros, que deseáis ser espirituales, buscad por vuestras oraciones las cosas celestiales y grandes, para que obteniéndolas como celestiales heredéis el

reino de los cielos y siendo grandes disfrutéis grandemente de las cosas buenas. En cuanto a las cosas que necesita vuestra vida corporal, el Padre os las concederá a medida que las necesitéis».

2. Ya que el apóstol en su primera Carta a Timoteo expresa con cuatro palabras las cuatro ideas directamente relacionadas con la oración, será provechoso proponer el tema y ver si debidamente comprendemos los cuatro términos en el sentido que él los entendió. El texto dice así: «Ante todo recomiendo que se hagan peticiones, adoraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres» (1 Tim 2, 1). Entiendo por *peticiones* las súplicas encaminadas a conseguir algo que nos hace falta. *Adoración* es algo más noble; es alabar a Dios por sus prodigios. *Súplica* consiste en dirigirse con cierta confianza o atrevimiento a Dios pidiéndole algo. *Acción de gracias* es reconocer orando los beneficios recibidos de Dios, sea por grandes y notorios favores o los que conoce solamente quien los ha recibido.

3. Corresponden a la noción primera de la *oración-petición* los siguientes ejemplos: la palabra de Gabriel a Zacarías, cuando éste pedía el nacimiento de Juan. Así dice el texto: «No temas, Zacanas, porque tu petición ha sido escuchada; Isabel, tu mujer, te dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Juan» (Lc 1, 13). Otro, tomado del Éxodo, cuando hicieron el becerro de oro: «Moisés trató de aplacar al Señor, su Dios, diciendo: ‘¿Por qué, Señor, ha de encenderse tu ira contra tu pueblo, al que tu sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y mano fuerte?’» (Ex 32, 11). En el Deuteronomio: «Luego me postré ante el Señor; como la otra vez, estuve cuarenta días y cuarenta noches sin comer ni beber por el pecado que habíais cometido» (Dt 9, 18). Del libro de Ester: «Mardoqueo oró al Señor haciendo memoria de todas sus obras y dijo: ‘¡Oh, Señor, Señor, rey que gobierna todo el universo!’». Y luego Ester: «Oró al Señor, Dios de Israel, y dijo: ‘¡Oh Señor, rey nuestro!’» (Biblia LXX, Est 13, 8-9; 14, 3).

4. A la segunda clase, *oración-adoración*, corresponden los siguientes ejemplos: En Daniel, «Azarías, de pie en medio del fuego tomó la palabra y oró así: ‘Bendito seas, Señor’», etc. (Dan

3, 24). En Tobías: «Anegada mi alma en tristeza, suspirando y llorando comencé a orar con gemidos: 'Tú eres justo, Señor, y justas son todas tus obras. Misericordia y verdad son tus caminos. Tú eres el juez del universo'» (Tob 3, 1-2). Como los de la circuncisión han puesto un obelo sobre este pasaje de Daniel por no hallarse en el texto hebreo, y porque rechazan el libro de Tobías por no hallarse en el antiguo testamento, aduciré el pasaje sobre Ana en el primero de Samuel: «Estaba ella llena de amargura y oró al Señor llorando sin consuelo, e hizo este voto: '¡Oh Señor Sebaot! Si te dignas mirar la aflicción de tu sierva y acordarte de mí'», etc. (1 Sam 1, 10-11). Luego en Habacuc: «Señor, he oído tu fama, tu obra venero, Señor. En medio de los años hazla revivir, en medio de los años dala a conocer, aun en la ira acuérdate de tener compasión» (Hab 3, 2). Definir esta oración es más claro porque lleva unida la alabanza en aquel que ora. También en Jonás: «Jonás oró al Señor, su Dios, desde el vientre del pez diciendo: Desde mi angustia clamé al Señor y él me respondió; desde el seno del seol y grité y tú oíste mi voz. Me habías arrojado en lo más hondo, en el corazón del mar; una corriente me cercaba» (Jon 2, 1-3).

5. Los siguientes son ejemplos de la tercera clase de oración llamada *súplica*. En los escritos del apóstol se atribuye con acierto la adoración y la oración de súplica al Espíritu Santo, porque es mejor y de mayor influencia ante aquel a quien él Espíritu suplica. «Pues nosotros no sabemos pedir como conviene, mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu y que su intercesión a favor de los santos es según Dios» (Rom 8, 26-27). Porque el Espíritu «intercede de modo especial» mientras oramos. Me parece que es una súplica de intercesión lo que Josué dice sobre el sol que se paró en Gabaón: «El día que el Señor entregó al amorreo en manos de los israelitas, Josué se dirigió al Señor diciendo: Detente, sol, en Gabaón y tú, luna, en el valle de Ayyalón» (Jos 10, 12). Pienso que Sansón (Jue 16, 30) hizo una oración de súplica cuando gritó: «¡Muera yo con los

filisteos! Apretó con todas sus fuerzas y la casa se derrumbó sobre los tiranos y sobre toda la gente allí reunida». Aun cuando no esté escrito que Josué y Sansón intercedieron sino que «dijeron» sus palabras, son de intercesión, distinta de la adoración. Fijémonos en sus palabras.

Ejemplo de acción de gracias son las palabras del Señor cuando dice: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes y se las has revelado a los pequeños» (Mt 11, 25; Lc 10, 21). «Te bendigo», en este caso, es sinónimo de «te doy gracias».

6. No está fuera de razón dirigir peticiones, súplicas y acción de gracias a los santos. Súplicas y acción de gracias no sólo a los santos sino también a los hombres. Peticiones, sin embargo, únicamente a los santos, si se halla algún Pablo o Pedro que nos ayude a merecer los frutos del poder que ellos tienen para perdonar los pecados (Mt 9, 6; Jn 20, 23). Pero también, si injuriamos a alguno que no sea santo, al caer en cuenta de que le hemos ofendido, le pedimos perdón. Si se presentan estas súplicas al Señor, ¿con cuánta mayor razón podrán dirigirse a Cristo, quien, por voluntad del Padre, tantos beneficios nos concede? Hay que suplicarle como hizo Esteban diciendo: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado» (Hech 7, 59). A ejemplo del padre del lunático diremos: «Señor, ten piedad de mi hijo» (Mt 17, 15; Lc 9, 38).

15. Al Padre por el Hijo

1. Si entendemos la oración en el sentido más estricto, no deberíamos dirigirnos a ningún ser creado, ni siquiera a Cristo-hombre; únicamente a Dios, Padre universal a quien oraba nuestro salvador como queda dicho y él mismo nos enseñó a orar. Porque cuando oyó «enseñanos a orar» no nos enseñó a dirigirnos a él mismo sino al Padre, diciendo: «Padre nuestro que estás en el cielo, etc.» (Lc 11, 1; Mt 6, 5). Porque si, como queda razonado

en otro lugar, el Hijo es persona distinta del Padre, se sigue que la oración ha de dirigirse o al Hijo y no al Padre, a los dos, o sólo al Padre. Todos están de acuerdo en que la primera posibilidad, orar al Hijo y no al Padre, es afirmación absurda, contra toda evidencia. Si tuviéramos que dirigirnos a los dos, está claro que habríamos de hacerlo en plural diciendo en nuestra oración: «Ayudadnos, beneficiadnos, concedednos, guardadnos, etc.». La realidad es que las fórmulas de oración están en completo desacuerdo con esta idea. Nadie podría hallar en las Escrituras oraciones dirigidas con tal pluralismo. Por consiguiente, no queda más posibilidad que dirigir la oración únicamente a Dios Padre universal, aunque no sin el sumo Sacerdote constituido «con juramento» según el salmo: «Lo ha jurado el Señor y no ha de retractarse: tú eres sacerdote por siempre, según el orden de Melquisedec» (Sal 110, 41).

2. Por eso, cuando los santos en sus oraciones dan gracias a Dios lo hacen por medio de Cristo Jesús. Si es cierto que para orar correctamente no hay que dirigirse a uno que es también orante, sino al Padre, a quien nuestro Señor Jesucristo nos enseñó a dirigirnos en la oración, es no menos cierto que no hay que dirigir la oración al Padre sin el Hijo. Él mismo lo dice claramente: «Yo os aseguro: lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre. Pedid y recibiréis para que vuestro gozo sea colmado» (Jn 16, 23-24). No digo «pedidme» o simplemente «pedid al Padre» sino «lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dará». Porque hasta que Jesús enseñó esto nadie había pedido al Padre en nombre del Hijo. Era verdad lo que dijo Jesús: «Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre». Verdad asimismo: «Pedid y recibiréis para que vuestro gozo sea colmado».

3. Tal vez alguno piense que podemos dirigirnos al mismo Jesucristo, porque en el Deuteronomio se dice de él que es adorado: «Cielos, exultad con él y adórenle los hijos de Dios» (Dt 32, 43; Heb 1, 6). Cabría decir que también la Iglesia, llamada Jerusalén por el profeta, es adorada por reyes y reinas, que son

sus padres nutricios, como se dice en el siguiente pasaje: «He aquí que voy a alzar hacia las gentes mi mano y hacia los pueblos voy a levantar mi bandera; traerán a tus hijos en brazos y tus hijas serán llevadas a hombros. Reyes serán tus protectores y sus princesas nodrizas tuyas. Rostro en tierra se prosternarán ante ti, y el polvo de tus pies lamerán. Y sabrás que yo soy el Señor, y no se avergonzarán los que en mí esperan» (Is 49, 22-23).

4. Cristo dijo: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino solo Dios» (Mc 10, 18; Lc 18, 19; Mt 19, 17). También decía: «¿Por qué os dirigís a mí en la oración? Habéis de orar solamente al Padre, a quien yo mismo oro. Esto es lo que aprendéis de las sagradas Escrituras. Porque tú no has de dirigirte al sumo Sacerdote designado por el Padre en tu favor (Heb 8, 3), ni al abogado a quien el Padre ha encargado que ore por ti (1 Jn 2, 1). Tú debes orar por medio del sumo Sacerdote y abogado, capaz de compadecerse de tus debilidades por haber sido probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado (Heb , 12), porque el Padre así me lo regaló. Considerad, pues, cuan gran presente cuando recibisteis al Espíritu de filiación (Rom 8, 15) al renacer en mí, de manera que os llaméis hijos de Dios y hermanos míos. Habéis leído lo que yo dije por boca de David al Padre: ‘Anuncié yo tu nombre a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré’ (Sal 22, 22; Heb 2, 12). No es razonable que oren al hermano aquellos que han sido juzgados dignos de ser hijos del mismo Padre. Debéis, pues, dirigiros conmigo y por mí solamente al Padre».

16. Pidamos lo mejor

1. Oyendo a Jesús decir esto, por su mediación roguemos a Dios todos nosotros diciendo lo mismo y no divididos en el modo de orar. ¿No estamos divididos cuando unos oramos al Padre y otros al Hijo? Los que dirigen su oración al Hijo con o sin el Padre pecan de ignorancia y gran simplicidad por carecer del conocimiento debido. Por tanto, oremos a Dios Padre. Supli-

quémosle por ser Señor, y le demos gracias por ser Dios, Padre y Señor, aunque no de esclavos. Con razón puede un padre ser considerado señor de su hijo. Es el Señor de los que por su medio han llegado a ser hijos. Como no es «Dios de muertos sino de vivos» (Mt 22, 32; Mc 12, 27; Lc 20, 38) así no es el Señor de meros esclavos sino de quienes por su infancia vivían al principio en temor. Porque las marcas de los siervos de Dios y de sus hijos las ve solamente aquel que escruta los corazones.

2. Por tanto, el que pide a Dios cosas terrenas y sin importancia no hace de lo que dice Dios, quien sin prometer cosas terrenas o sin importancia ordenó pedir cosas celestiales y grandes.

Alguno podría replicar que los santos recibieron cosas temporales y pequeñas como respuesta a sus oraciones y que en el evangelio se dice que las «pequeñas cosas» nos serán dadas «por añadidura». Se le puede responder. Suponte que alguien nos regala un objeto cualquiera. No podemos decir que nos ha dado la sombra de tal objeto, porque no pensó en darnos las dos cosas, objeto y sombra. Su ofrecimiento se limitaba a una cosa sola. Pero recibimos la sombra juntamente con el objeto.

Del mismo modo, si lo pensamos con la atención puesta en Dios, los regalos que él nos da son dones espirituales a los cuales van unidos otros terrenos, concedidos a los santos para bien común (1 Cor 12, 7) o en proporción a su fe (Rom 12, 6) o por liberalidad del donante (1 Cor 12, 11). Dios lo dispone sobradamente, aun cuando nosotros no comprendamos en cada caso qué razones tiene para ello.

3. El alma de Ana, cuando fue transformada su esterilidad, recibió mayor beneficio que su cuerpo por haber concebido a Samuel (1 Sam 1, 19-20).

Engendró Ezequías hijos para Dios más con su mente que con su descendencia corporal. Ester, Mardoqueo y el pueblo fueron liberados más de asechanzas espirituales que de las conspiraciones de Amán y sus compañeros. Más que el poder de Holofernes Judit aniquiló la fuerza del príncipe que intentaba

destruirle el alma. ¿Quién no reconocerá la bendición espiritual que protege a todos los santos y que describen Isaac y Jacob cuando dicen: «Que Dios te dé el rocío del cielo» (Gén 27, 28)? Cayó sobre Ananías y sus compañeros más que el rocío material que superó el fuego de Nabucodonosor. El profeta Daniel cerró la boca de los leones invisibles más que la boca de leones visibles, incapaces de atacar su alma. Así lo entendemos al leer las sagradas Escrituras. ¿No viene a ser como Jonás, santificado con la plenitud del Espíritu Santo, aquel que se libra del vientre de la ballena que se traga a todo el que aleje de Jesús nuestro salvador?

17. Lucesy sombras

1. No debemos extrañarnos de que cuantos reciban objetos que, por así decirlo, van acompañados de sombra, a veces no se les dé ninguna. Así ocurre con los cuerpos físicos como observan los que estudian problemas científicos y en particular las sombras con respecto al objeto luminoso. Algunos cuerpos no proyectan sombras por cierto tiempo; otros, por así decirlo, dan una sombra reducida y algunos la hacen más larga. No debe, pues, sorprendernos grandemente que algunas veces no aparezca sombra alguna y otras sean más cortas o más largas en comparación con otras sombras. Sucede así por decisión de aquel que nos otorga las cosas principales: por razones ocultas y misteriosas en relación con el favorecido sucede que dan lo más importante sin que acompañe sombra alguna.

Haya o no haya sombras del cuerpo, ni agrada ni desagrade al que busca los rayos del sol, pues consigue lo más importante recibiendo su luz aunque no tenga sombra o ésta sea más corta o más larga.

Lo mismo sucede cuando recibimos los bienes espirituales y nos ilumina la luz de Dios con la posesión completa de los bienes verdaderos. No nos rompamos la cabeza por cosa tan insignificante como es la sombra. Porque todas las cosas materiales,

sean las que fueren, se reducen a sombra pasajera y leve. De ningún modo se pueden comparar con los salvíficos y santos dones del Dios del universo. ¿Cómo se podrán comparar las riquezas materiales con aquellas con que somos «enriquecidos en todo, en toda palabra y en todo conocimiento» (1 Cor 1, 5)? Y ¿quién sería tan loco como para comparar la riqueza de carne y hueso con la de la mente, fortaleza del alma, y recta coordinación de los pensamientos? Todo esto, regulado por la palabra de Dios, hace que los padecimientos corporales sean como rasguños sin importancia y aún menos.

2. Quien entienda lo que es la hermosura que tiene la esposa amada por el «esposo», el Verbo de Dios—quiero decir la hermosura del alma que florece con hermosura que supera la del cielo y la del universo—, se avergonzará de dar el mismo nombre a la belleza corporal de una mujer, un muchacho, un hombre. La carne no puede ser hermosura verdadera, pues toda ella es torpeza. Porque «toda carne es heno» y toda su gloria, manifiesta en lo que llaman hermosura de mujeres y muchachos, se puede comparar a una flor como dice el profeta: «Toda carne es hierba y todo su esplendor como flor del campo. La flor se marchita, se seca la hierba en cuanto le da el viento del Señor. La hierba se seca, la flor se marchita, pero la palabra de nuestro Dios permanece para siempre» (Is 40, 6-8). ¿Quién llamará nobleza a la que viene por nacimiento, según la gente, una vez conocida la nobleza de nacimiento de los hijos de Dios? Y ¿cómo no va a tener en nada todo reino terreno la mente que haya contemplado el inmovible reino de Cristo? (Heb 12, 28). Quien haya contemplado con claridad, en cuanto es posible a la mente humana mientras depende del cuerpo, el ejército de ángeles y a los capitanes del Señor en medio de ellos—arcángeles, tronos, dominaciones, principados, potestades celestes—, y comprenda que el Padre honra a tal alma con honor semejante a ellos, ¿cómo, aunque sea más efímera que una sombra, no la va a tener por lo más pequeño y despreciable comparado con ella lo que admiran los necios? Aun cuando le ofrecieren todas las cosas, las despreciaría con tal

de no perder los verdaderos principados y los poderes más divinos. Debemos, pues, pedir aquellas cosas que son principales, verdaderamente grandes y celestiales. Y dejemos a juicio de Dios lo concerniente a las sombras que acompañan a los grandes bienes. Él sabe lo que necesitamos para nuestro cuerpo mortal antes de que se lo pidamos (Mt 6, 8).

SEGUNDA PARTE
EL PADRENUESTRO

A) PREÁMBULO

18. Dos textos del Padrenuestro

1. En lo que precede se ha dicho lo suficiente sobre la oración, en cuanto me ha sido posible con la gracia que Dios me dio por Jesucristo, y en el Espíritu Santo, según creo. Si es así, el lector lo comprobará al verlo como inspirado. Ahora me atrevo a exponer la fuerza de la oración que el Señor nos dejó como ejemplo.

2. Ante todo hacemos notar que muchos no ven diferencia en la fórmula de oración que nos transmiten Mateo y Lucas. Este es el texto de Mateo: «Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día, perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden. Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del Malo» (Mt 6, 9-13). La versión de Lucas es la siguiente: «Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino, danos el pan sustancial de cada día y perdona nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe, y nos nos dejes caer en la tentación» (Lc 11, 2-4).

3. A los que son de la opinión antes mencionada hay que decirles ante todo que, si bien las palabras de ambos evangelistas son muy semejantes, en realidad hay diferencias como demostraré cuando las examine de cerca. En segundo lugar, no es posible que la misma oración haya sido promulgada en dos lugares diferentes: primero en el monte cuando «viendo a la muchedumbre, subió al monte, se sentó y sus discípulos se le acercaron; tomando la palabra les enseñaba» (Mt 5, 1-2).

La primera versión, de Mateo, se halla en el contexto de las Bienaventuranzas y preceptos que acompañan. La segunda en «cierto lugar» donde «estaba orando» y «cuando acabó» la dijo como respuesta a uno de sus discípulos que pidió le enseñase a orar «como Juan enseñaba a sus discípulos» (Lc 11, 1).

¿Cómo podemos admitir que las mismas palabras hayan sido enseñadas una vez en discurso continuado, sin que nadie lo hubiese pedido, y la otra como respuesta a la petición de un discípulo? Tal vez diga alguno que las oraciones contienen lo mismo aunque una fuese dicha en sermón continuado y la otra a petición de un discípulo que, al parecer, se hallaba ausente o no lo había entendido cuando fue pronunciado el discurso que recoge Mateo. En resumidas cuentas, sería mejor suponer que se trata de diferentes oraciones aun cuando tengan ciertas partes comunes. He mirado también en Marcos, por si no hubiese yo reparado en alguna oración semejante, pero no hay ningún vestigio.

19. Rectitud de intención

1. Como he dicho anteriormente, el que ora ha de disponerse antes para la oración. Veamos lo que dice nuestro Salvador por el contexto que precede inmediatamente a la oración en Mateo. Estas son sus palabras: «Y cuando oréis no seáis como los hipócritas que gustan de orar en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, bien plantados para ser vistos de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Tú, en cambio,

cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará. Y al orar, no charléis mucho como los gentiles, que se figuran que por su palabrería van a ser escuchados. No seáis, pues, como ellos, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedírselo. Vosotros, pues, orad así» (Mt 6, 5-9).

2. Nuestro Salvador manifiesta frecuentemente su oposición a la vanagloria como pasión destructora. Lo hace aquí prohibiendo que cuando oren imiten a los hipócritas. Estos hacen alarde de piedad o generosidad delante de los hombres. Recordemos lo que dice el Señor: «¿Cómo podéis creer vosotros, que aceptáis gloria unos de otros, y no buscáis la gloria que viene de solo Dios?» (Jn 5, 44). Por tanto, debemos despreciar la gloria que procede de los hombres, aun cuando parezca tener fundamento. Busquemos la auténtica y verdadera gloria que viene de aquel que glorifica con sobrada generosidad a quien se ajuste a la manera de proceder el Señor. La vanidad hace que cuanto pudiera ser bueno y digno de alabanza se dañe cuando obramos para que nos vean, y por recibir gloria de los hombres (Mt 6, 2.5). Por eso, no recibimos recompensa de Dios en tal caso. Si es cierto que toda palabra de Jesús es verdad, podríamos decir que son todavía más verdaderas cuando las dice con su expresión habitual de juramento. Así se dirige a los que con ostentación hacen bien al prójimo buscando gloria humana o que oran «en las sinagogas y en las esquinas para ser vistos de los hombres. En verdad os digo que ya recibieron su recompensa» (Mt 6, 5).

Como el rico de que habla Lucas: «recibió bienes» durante «esta vida» y no pudo por eso obtenerlos después de la vida presente. Así el hombre que recibe su «recompensa» por dar algo a otros o por la oración, pues no ha sembrado para el Espíritu sino para la carne, cosechará corrupción y no la vida eterna (Lc 16, 25; Gál 6, 8). El que da limosna «en las sinagogas y en las calles» haciéndolo conocer con «trompeta» para que le glorifiquen los hombres, cosecha para la carne (Mt 6, 2). De ese modo obran los

hombres que les gusta orar «en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, bien plantados» para que quienes los vean los tengan por personas piadosas y santas (Mt 6, 5).

3. Todo el que vaya por el camino ancho que lleva a la perdición (Mt 7, 13), camino que nada tiene de rectitud y derechura sino que está lleno de curvas y revueltas (pues la recta está entrecortada en casi todo el camino) ora mal, «en las esquinas de las calles». Ávido de placer, supone no en una sino en muchas calles (Mt 6, 5). En estas calles los que «mueren como hombres» (Sal 82, 7) por haberse alejado de Dios glorifican y alaban a los que consideran tener la misma religión que ellos. Muchos al orar dan impresión de buscar más el propio placer que complacer a Dios (2 Tim 3, 4).

20. Dentro de sí

1. Hay diferencia entre iglesia y sinagoga. En la iglesia no hay mancha ni arruga ni cosa semejante (Ef 5, 27). Es santa e inmaculada. No hay en ella bastardos ni eunucos o castrados (Dt 23, 1-2). Ni tampoco egipcios o edomitas, cuyos hijos no son admitidos fácilmente en la iglesia hasta después de la tercera generación (Dt 23, 7-8), ni se admiten los moabitas o ammonitas hasta que hayan pasado diez generaciones (Dt 23, 3). «El centurión» construyó la sinagoga antes de conocer a Jesús, antes de que el Hijo de Dios diese testimonio de que «no había encontrado tanta fe en Israel» (Lc 7, 9; Mt 8, 10). Así el que gusta de «orar en las sinagogas» se diferencia poco del que ora en las «esquinas de las calles».

Pero los santos no son así. No presumen de orar, lo hacen de corazón. No oran en las sinagogas sino en las iglesias; no en las esquinas de las plazas sino dentro del estrecho y recto camino. No rezan para ser vistos por los hombres sino para acercarse al Señor, Dios (Dt 16, 16). Son hombres que entienden lo que es el año aceptable del Señor (Is 61, 2; Lc 4, 19) y que cumplen lo

mandado: «Tres veces al año se presentarán todos tus varones ante el Señor tu Dios» (Dt 16, 16).

2. Debemos considerar atentamente la expresión «que se muestren», pues no es bueno nada de lo que sea mera apariencia (Ignacio, *Rom* 3). Su existencia es ostentación y no verdad; sin precisión ni verdad forma imágenes de impresiones erróneas. Por ejemplo, los actores de teatro no son lo que dicen ser; se los considera según la participación que tienen en lo que representan. De igual modo los que sólo tienen apariencias de virtud. No son virtuosos sino farsantes, «hipócritas», actuando en su propio teatro: «las sinagogas y esquinas de las calles». El que no es actor desecha todo lo que no es auténtico aprestándose a dar gusto en otro teatro que está por encima del que acabo de mencionar. Entra en su «habitación» a encontrarse con la riqueza allí acumulada, pues ha guardado para sí los tesoros de sabiduría y ciencia (Mt 6, 6; Col 2, 3; 1 Tim 6, 18-19). Sin mirar ni salirse a las cosas de fuera, cierra todas las puertas de los sentidos para no disiparse por ellos ni ofuscar la mente con sus impresiones. Ora al Padre, que no rechaza ni abandona este lugar escondido sino que habita allí con su Hijo Unigénito. Pues él mismo dice: «El Padre y yo vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14, 23). Claro está que si oramos de este modo intercedemos con el único justo, que es Dios y Padre nuestro. El no abandona a sus hijos, está con nosotros en lo escondido, nos mira y trae mayores tesoros a la «habitación» si cerramos la puerta.

21. Palabrería... no

1. En la oración no amontonamos «palabras vacías», tratamos de verdades divinas. Son vacías nuestras palabras cuando no queremos examinar las propias faltas ni consideramos la insensatez de la palabrería en la oración: palabras y hechos impuros, pensamientos y cosas impropias, reprochables, ajenas a la pureza del Señor. Así el que acumula palabras vanas se halla en peor

condición que la sinagoga, a que antes aludimos, y en camino más peligroso que quienes se ponen en las encrucijadas de las calles, pues no tienen ni siquiera aparentes huellas de virtud. A juzgar por los textos del evangelio, los «paganos» hablan cosas vanas porque no tienen idea de la oración elevada y celestial; la que ellos hacen versa sobre cosas materiales y externas. Quienes pidiendo lo terreno se dirigen a lo más alto de los cielos se asemejan a los paganos que acumulan frases vacías.

2. Lo mismo da decir muchas palabras que «acumular palabras vacías». Lo material y corporal no forma verdadera unidad, realmente está dividido, se descompone, pierde su unidad. La virtud es una, los vicios son múltiples; una la verdad, muchas las mentiras; la verdadera justicia es una, sus falsificaciones muchas; una es la sabiduría de Dios, pero muchas son las «sabidurías de este mundo, que se van debilitando» (1 Cor 2, 6). La palabra de Dios es una pero muchas son las palabras ajenas a él. Por lo cual, no está exento de pecado el que mucho habla, y no se escucha al que piensa serlo por decir muchas palabras (Prov 10, 19; Mt 6, 7).

Por consiguiente, no oremos como los paganos que amontonan frases vacías y hablando mucho no hacen nada. «Tienen veneno como las serpientes» (Sal 58, 5). Porque el Dios de los santos, por ser su Padre, sabe lo que necesitan sus hijos (Mt 6, 8), pues son cosas dignas de que el Padre las conozca. Y si alguno desconoce a Dios y las cosas divinas no sabe lo que necesita. Está completamente equivocado imaginándose que necesita otras cosas. Quien piense que necesita lo mejor y más divino, lo que Dios aprueba, lo recibirá de Dios Padre, que lo sabe antes de que lo pidan.

Habiendo, pues, considerado lo que Mateo pone como preámbulo al texto de la oración que él nos ofrece, pasemos a considerar el contenido de la misma.

B) II INTERPRETACIÓN DEL PADRE NUESTRO

a) PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN EL CIELO

22. Dios Padre

1. Bien merece la pena examinar atentamente el Antiguo Testamento por ver si en él se encuentra alguna oración donde se llame a Dios «Padre». Hasta ahora, aunque lo he buscado cuidadosamente, no he hallado nada. No quiero decir que a Dios no se le llame Padre y que no se ha llamado hijos de Dios a cuantos creen en él. Pero en ningún lugar he visto el atrevimiento confiado con que el Salvador invoca a Dios como Padre. Es posible observar que con frecuencia a Dios se le llama Padre y a cuantos siguen su palabra hijos. Por ejemplo, en el Deuteronomio: «Desdeñas a la roca que te dio el ser. Olvidas al Dios que te engendró» (Dt 32, 18). Y otra vez: «¿No es él tu Padre, el que te creó, el que te hizo y te fundó?» (Dt 32, 6). «Son hijos sin lealtad» (Dt 32, 20). En Isaías: «Hijos crié hasta hacerlos hombres y ellos se rebelaron contra mí» (Is 1, 2). En Malaquías: «El hijo honra a su padre, el siervo a su señor. Pues si yo soy padre, ¿dónde está mi honra?» (Mal 1, 6).

2. Si bien es cierto que a Dios se le llama Padre y que se llama hijos a los nacidos de la palabra y de la fe en él, sin embargo, no aparece en el Antiguo Testamento tan cierta e indefectible esta filiación. En realidad, los pasajes citados muestran que los llamados hijos son culpables, pues, conforme al apóstol, «mientras el heredero es menor de edad, en nada se diferencia de un esclavo con ser dueño de todo, sino que está bajo tutores y administradores hasta el tiempo fijado por el padre» (Gál 4, 1-2). Pero la «plenitud de los tiempos» llegó con la venida de nuestro Señor Jesucristo. Los que quieren reciben la adopción de hijos como enseña san Pablo con estas palabras: «Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: Abba, Padre» (Rom 8, 15). Y en Juan: «Pero a todos los que lo recibieron les

dio poder de hacerse hijos de Dios; a los que creen en su nombre» (Jn 1, 12). Por el «espíritu de adopción de hijos» hemos aprendido por la primera Carta de san Juan referente a los nacidos de Dios que «todo el que ha nacido de Dios no comete pecado, porque su germen permanece en él; y no puede pecar porque ha nacido de Dios» (1 Jn 3, 9).

3. Así, pues, si entendiésemos lo que quiere decir Lucas al escribir: «Cuando oréis decid al Padre» (Lc 11, 2), no nos atreveríamos a dirigirnos a él si no fuésemos hijos de verdad. Bajo cierto aspecto, a los pecados anteriores añadiríamos la culpa de impiedad. Quiero decir lo que Pablo escribe en la primera Carta a los corintios: «Nadie hablando por influjo del Espíritu de Dios puede decir: anatema sea Jesús» (1 Cor 12, 3). A la misma persona llama «Espíritu Santo» y «Espíritu de Dios». No está del todo claro lo que significa «Jesús es el Señor» en el Espíritu Santo, porque muchos hipócritas usan esta expresión, muchos herejes y a veces los mismos demonios cuando se sienten vencidos por la eficacia de este nombre. Nadie se atreverá a pensar que alguno de estos dice «Jesús es el Señor» en el Espíritu. No parece ni siquiera que digan «Señor Jesús», porque los únicos que dicen de corazón «Señor Jesús» sirven al Verbo de Dios. En todo cuanto hacen proclaman que no reconocen a otro Señor fuera de él. Si estos son los que dicen «Jesús es el Señor» todo el que peca maldice con hechos al Verbo Divino y con sus acciones grita «Jesús sea anatema». Por tanto, como unas personas dicen «Jesús es el Señor» y otras de disposición contraria dicen «Jesús sea anatema», así también todo «el que ha nacido de Dios» no peca pues participa de la semilla divina que aparta de todo pecado y dice con sus obras: «Padre nuestro que estás en el cielo». El Espíritu da testimonio al alma de que son «hijos de Dios», sus «herederos» y «coherederos con Cristo» cuando, por sufrir con él esperan fundadamente ser glorificados con él (Rom 8, 16-17). Y para que no digan sólo a medias «Padre nuestro», ponen su corazón en lo que hacen. Este es la fuente y origen de las buenas obras, fe

que justifica a la vez que su boca confiesa para la salvación (Rom 10, 10).

4. Por eso, todas sus obras, palabras y pensamientos que el Verbo Unigénito configura consigo (Gál 4, 19; Rom 8, 29; 2 Cor 3, 18) vienen a ser imitación e imagen del Dios invisible (Col 1, 15; 2 Cor 4, 4), el Creador que hace «salir el sol sobre buenos y malos y llover sobre justos e injustos» (Mt 5, 45) para que esté en ellos la imagen del hombre celestial (1 Cor 15, 49), que es a su vez imagen de Dios. Son, pues, los santos imagen de la Imagen (1 Cor 11, 7), porque el Hijo es la Imagen (Col 1, 15). Manifiestan la filiación al haberse configurado con el cuerpo glorioso de Cristo (Flp 3, 21) y asimismo con aquel que está en el cuerpo. Se configuran con quien ya es cuerpo glorioso cuando se transforman por la renovación del alma (Rom 12, 2). Si estos, pues, con el pueblo, en todo dicen «Padre nuestro que estás en el cielo» es evidente que «quien comete pecado», como se dice en la primera Carta de san Juan, «es del diablo, porque el diablo desde el principio peca». Como la «semilla» de Dios permanece en el «nacido de Dios» (1 Jn 3, 9), hay razón por la cual no puede pecar el que está configurado con el Verbo unigénito. Pero en todo el que comete pecado está presente la «semilla» del diablo, aun cuando permaneciendo en el alma la permita obrar el bien. Pero como el «Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del diablo» (1 Jn 3, 8) es posible que con la venida del Verbo de Dios a nuestra alma desaparezcan las obras del diablo y la semilla del mal, colocada en medio de nosotros, quede completamente destruida y nos convirtamos en hijos de Dios.

5. No imaginemos, pues, que las Escrituras nos enseñan a decir el «padrenuestro» sólo en algunos momentos de oración. Antes bien, si entendemos lo dicho antes sobre «orar siempre» (1 Tes 5, 17) hagamos que toda nuestra vida sea una oración incesante en la cual decimos «Padre nuestro que estás en el cielo», y pongamos nuestro tesoro (Flp 3, 20) no en medios terrenos sino en los cielos, en el trono de Dios. Porque el reino de Dios ha sido

establecido en todos los que llevan la imagen del hombre celeste (1 Cor 15, 49) y él mismo se ha hecho celestial.

23. ¿Qué es el cielo?

1. Cuando decimos que el Padre de los santos está en el cielo, no hemos de imaginar que tiene figura corporal y que allí habita en lugar determinado. Si Dios estuviera limitado por los cielos sería menor que ellos, pero en realidad es él quien lo contiene todo con el ineludible poder de su divinidad. Generalmente hablando las expresiones de la Biblia, que a simple vista indican literalmente un lugar donde Dios mora, han de entenderse con sentido espiritual y elevado conforme a la naturaleza de Dios. Así, por ejemplo, este pasaje de san Juan: «Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el extremo» (Jn 13, 1). Luego dice: «Sabido que el Padre le había puesto todo en sus manos y que había salido de Dios y a Dios volvía» (Jn 13, 3). Y en otro lugar: «Habéis oído que os he dicho: me voy y volveré a vosotros. Si me amarais os alegraríais de que voy al Padre» (14, 28). De nuevo en otro pasaje: «Ahora me voy al que me ha enviado y ninguno de vosotros me pregunta: ¿dónde vas?».

Si hubiera que interpretar estas frases con sentido espacial, tendríamos que hacer lo mismo con la siguiente: «Si alguno me ama guardará mi palabra y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él» (Jn 14, 23).

2. De seguro que esta expresión no se refiere a ningún cambio de lugar con respecto a la venida del Padre y del Hijo al que ama la palabra de Jesús. Pues tampoco las otras frases precedentes se han de entender en sentido local. La realidad es que el Verbo de Dios se hizo de nuestra condición y se rebajó de su dignidad cuando estuvo con nosotros. Luego pasa de este mundo al Padre, de modo que le contemplemos también en su perfección

adonde vuelve después de la condición humilde con que se había despojado de su rango (Flp 2, 7). Allí se muestra en su plenitud (Col 1, 19; 2, 9; Ef 1, 23).

Nosotros también le seguiremos hasta alcanzar la plenitud liberándonos de todo vacío. Vaya, pues, el Verbo de Dios y abandone el mundo. Vaya hasta «aquel que le envió»; «vaya al Padre». Debemos entender también en sentido místico esta frase del final del evangelio de Juan: «Déjame, que todavía no he subido al Padre» (Jn 20, 17). Si profundizamos santamente en la ascensión del Hijo hasta el Padre de manera más conforme a la naturaleza divina, entenderemos que se trata de una subida más del espíritu que del cuerpo.

3. He creído necesario hacer esta reflexión al comentar «Padre nuestro que estas en el cielo» rechazando la idea tan impropia que tienen de Dios quienes le imaginan en un lugar concreto de los cielos, de lo cual lógicamente se podría concluir que Dios es corpóreo. Esto llevaría consigo los más graves errores acerca de Dios: le imaginaríamos divisible, material y corruptible, propiedades comunes a todos los cuerpos. Admitamos que alguien nos pregunte, no por falta de respeto sino con sincero deseo de ver claro, por qué Dios no es de naturaleza material. Antes de la venida corporal de Cristo se hallan muchos pasajes en la Biblia que parecen asignar a Dios un lugar corporal. Me parece razonable citar algunos para remover los obstáculos que impiden a estas gentes ver la verdad, porque, llevados de la propia experiencia tan limitada, encierran al Dios del universo en lugar tan pequeño y estrecho.

Ante todo, leemos en el Génesis: «Oyeron luego el ruido de los pasos del Señor que paseaba por el jardín en la hora de la brisa, y el hombre y su mujer se ocultaron a la vista del Señor Dios entre los árboles del jardín» (Gén 3, 8). A los que no quieren acercarse a los tesoros de las sagradas Escrituras, ni aun siquiera llamando a la puerta (Lc 13, 25), les hacemos unas preguntas: el Señor Dios llena cielos y tierra (Jr 23, 24) ¿pero creen que de forma corporal los cielos son su trono y la tierra el esca-

bel de sus pies? (Mt 5, 34-35; Is 66, 1). En comparación con los cielos y la tierra, el paraíso, que imaginan material, era un lugar muy pequeño. ¿Es posible pensar que Dios quedaba limitado al sitio donde oyeron sus pasos, lugar más reducido aún que el paraíso? Conforme a su manera de pensar, sería aún más absurdo que Adán y Eva, avergonzados ante Dios por haber pecado, trataran de esconderse «de la presencia del Señor Dios entre los árboles del jardín». El texto dice que de hecho «se escondieron». ¿Cómo, pues, explican que Dios pregunte a Adán: dónde estás?» (Gén 3, 9).

4. En mi comentario al Génesis he tratado esto más ampliamente. Por ahora, por no pasar sin decir nada sobre cuestión tan importante, me baste recordar lo que dijo Dios en el Deuteronomio: «Habitaré en medio de ellos y andaré entre ellos» (2 Cor 6, 16; Ez 37, 27; Lev 26, 12) . Dios anda entre los santos como paseaba en el jardín, y todo el que peca se esconde de Dios, se aparta del camino y huye de su presencia. De este modo, Cam salió de la presencia del Señor y se estableció en el país de Nod, al oriente del Edén» (Gén 4, 16).

Por consiguiente, Dios habita en el cielo como habita en cada santo, que lleva la imagen del hombre celeste (1 Cor 15, 49) o en Cristo, en quien brillan para la salvación todos los lunares y estrellas del cielo (Flp 2, 15; Ap 1, 20; Gén 1, 14. 16; Sab 13, 2). Como los santos están en el cielo, allí también está Dios conforme a la siguiente expresión: «Hacia ti tengo los ojos levantados, tú que te sientas en los cielos» (Sal 123, 1). Y esta otra del Eclesiastés: «No te precipites a hablar ni tu corazón se apresure a pronunciar una palabra ante Dios, pues Dios está en el cielo pero tú en la tierra» (Ecl 5, 1). Quiere mostrar la diferencia que hay entre los que se hallan aún en el «cuerpo miserable» (Flp 3, 21) y los que están con los ángeles encumbrados, con la ayuda del Verbo, hasta las sagradas potestades y hasta el mismo Cristo. No es, pues, cosa absurda que él sea, hablando con propiedad, el trono del Padre, pues se le llama alegóricamente «cielo» (Heb 1, 8) y su iglesia llamada «tierra» es el escabel de sus pies.

5. He aducido algunos pasajes del Antiguo Testamento que parecen situar a Dios en un lugar concreto. Con esto, en la medida de mis fuerzas, intento que el lector de las Sagradas Escrituras se convenza de que hay en ellas un sentido más espiritual y elevado cuando parecen enseñar que Dios está en un lugar. Convenía suscitar esta cuestión al tratar del «Padre nuestro que estás en el cielo», para dejar claro que el ser de Dios es distinto del de las criaturas. Los seres que no participan de su vida disfrutan, sin embargo, de cierta gloria de Dios y de su poder. Por así decirlo, son como una emanación de la divinidad (Sab 7, 25).

b) SANTIFICADO SEA TU NOMBRE

24. El nombre de Dios

1. El que así ora se está refiriendo a algo que todavía no ha conseguido o teme que no haya de durar. Esto es claro porque en Mateo y Lucas, cuando somos invitados a decir «santificado sea tu nombre» el texto da a entender que todavía no ha sido santificado el «nombre» del Padre. Podría alguno preguntar: ¿Cómo es posible que el nombre del Padre no haya sido santificado todavía? Vamos a considerar qué se entiende por «nombre» del Padre y cómo se ha de santificar.

2. Nombre es una expresión en que se condensa y describe la cualidad propia de lo nombrado. Por ejemplo, el apóstol Pablo tiene características peculiares: del alma, por lo cual es lo que es; de la mente, por la que puede contemplar ciertas realidades; y en el cuerpo, por lo que es individuo único. Así el carácter específico de estas cualidades que no convienen a ninguna otra persona se indica con el nombre de «Pablo». Bajo este aspecto no hay nadie que sea igual. Pero en el caso de los seres humanos, como sus propiedades están sujetas a cambios, también cambian los nombres según dice la Escritura. Cuando cambió la cualidad de «Abram» (Gén 17, 5) se le llamó «Abraham» (Gén 17, 5). Cuando cambió «Simón» se le llamo «Pedro» (Mc 3, 16; Jn 1, 42).

Cuando «Saulo» dejó de perseguir a Cristo se llamó «Pablo» (Hech 13, 9).

En el caso de Dios, que no cambia nunca pues permanece siempre el mismo, no hay más que un nombre, aquel con que se le designa en el Éxodo: «Yo soy» (Ex 3, 14) o algo equivalente. Todos imaginamos algo sobre Dios y nos formamos ciertas ideas de él, pero no todos entendemos lo que es. Son escasos y, valga la expresión, menos que escasos, los que piensan comprender plenamente su santidad. Por consiguiente, se nos enseña que nos hagamos idea de que Dios es santo lo cual podemos percibir considerando que es creador, providente, juez; que él es el que escoge y abandona, acoge y rechaza, juzga digno de premio o castigo, según cada cual lo merezca.

3. Por estas y semejantes actuaciones de Dios, por así decir, se manifiesta la característica de lo que yo supongo quiere decir el «nombre» de Dios en las Escrituras. En el Éxodo se dice: «No tomarás en falso el nombre del Señor tu Dios» (Ex 20, 7). En el Deuteronomio: «Como lluvia se derrama mi doctrina, caiga como rocío mi palabra, como blanca lluvia sobre la hierba verde, como aguacero sobre el césped. Porque voy a aclamar el nombre del Señor» (Dt 32, 2-3). En los Salmos: «Logre yo hacer tu nombre memorable por todas las generaciones» (Sal 45, 18). El que aplica la idea de Dios a cosas impropias «toma el nombre de Dios en vano». Pero quien puede expresarse «como lluvia» que halla respuesta cooperativa en quienes lo escuchan produciendo fruto en las almas; el que puede dar alentadoras palabras como «el rocío» produciendo «lluvia mansa» o con muy fuertes aguaceros por medio de provechosas palabras con firme edificación en los oyentes; una persona así puede hacer todo eso gracias al nombre de Dios. Sabe que necesita de él para que todo llegue a su perfección; le invoca para que venga a su lado, pues él es realmente el que proporciona lo dicho anteriormente. Todo el que lo ve claro recordará las realidades divinas más bien que aprenderlas por primera vez, aun cuando piense que alguien se las está enseñando o que por sí mismo descubre los misterios de la religión.

4. El que ora debe atender lo dicho hasta aquí y pedir que sea santificado el nombre de Dios. Así se dice en los Salmos: «Engrandeced al Señor conmigo, ensalcemos su nombre todos juntos» (Sal 34, 4). El profeta nos manda que con plena armonía de mente y corazón alcancemos el verdadero y alto conocimiento de las propiedades específicas de Dios. Esto es lo que quiere decir ensalzar «todos juntos» su nombre. Cuando uno participa de la emanación de Dios porque Dios le ha ensalzado y por la victoria de sus enemigos, los cuales no han podido alegrarse de ver al justo caído, entonces éste alaba el verdadero poder de Dios, del que participa. Lo muestra el salmo 30 con las siguientes palabras: «Yo te ensalzo, Señor, porque me has levantado; no dejaste reír de mí a mis enemigos» (Sal 30, 1). Uno alaba al Señor cuando dentro de sí le dedica una morada según se expresa en el título del salmo: «Cántico de David para la dedicación de la Casa» (Sal 30).

5. Con respecto al hecho de que «santificado sea tu nombre» y las siguientes peticiones estén en modo imperativo hay que decir que con mucha frecuencia los traductores de los LXX emplearon imperativos en lugar de optativos. Por ejemplo, en los Salmos: «Enmudeced los labios mentirosos, que habláis con insolencia contra el justo» (Sal-31, 19) en vez de decir «que callen». Luego: «El alrededor le atrape todo lo que tiene y saquen su fruto los extraños. Ni uno solo le tenga caridad» (Sal 109, 11-12). Se refiere a Judas, pues en todo el salmo se pide que tales cosas le sucedan.

Taciano no tuvo en cuenta que el verbo «hágase» en modo imperativo no siempre significa deseo. Y a veces por su forma ha de entenderse en imperativo. Por lo cual, sacó las conclusiones más impías sobre el versículo en que Dios dice: «Que haya luz» (Gén 1, 3). Supone que Dios desea haya luz en vez de dar a entender que lo mandó. «Por eso» afirma Taciano con sus ideas impías que «Dios estaba en tinieblas». Tengo que preguntarle cómo hemos de entender estas frases: «Brote de la tierra verdor; hierbas de semilla y árboles frutales» (Gén 1, 11) «Júntense las aguas

de debajo del cielo en una sola masa» (Gén 1, 9). «Bullán las aguas de bichos vivientes» (Gén 1, 20). «Produzca la tierra seres vivientes» (Gén 1, 24). Debemos concluir que Dios ruega porque «se junten las aguas que hay bajo los cielos» para que él pudiera asentarse en base sólida, o ¿que la «tierra produzca» para disfrutar de sus frutos? ¿qué necesidad tiene él de peces, pájaros, animales, y de luz para tener que pedirlos?

Y si en el caso de Dios es absurdo que él tenga que pedirlo, las formas de los verbos han de ser imperativas. Con mayor razón tenemos que decir lo mismo de la expresión «hágase la luz», que ha de estar en imperativo, no en optativo.

Me ha parecido necesario al tratar de la oración dominical aclarar la cuestión de los imperativos y recordar las diferentes interpretaciones de Taciano, quien, con sus impías enseñanzas, ha seducido a algunos que nosotros también hemos encontrado.

c) VENGA TU REINO

25. El reino de Dios

1. El reino de Dios, según palabras de nuestro Señor y salvador, «viene sin dejarse sentir. No dirán: ‘Vedlo aquí o allí’ sino que el reino de Dios está ya entre vosotros» (Lc 17, 20-21) «Porque la palabra está bien cerca de ti, está en tu boca y en tu corazón para que la pongas en práctica» (Dt 30, 14; Rom 10, 8). Según esto, es claro que quien ora lo hace para que el reino de Dios nazca dentro de él, lleve fruto y se perfeccione. Porque toda persona santa es guiada por Dios, cumple sus leyes espirituales y permanece en sí mismo como en ciudad bien ordenada. Presente en él está el Padre y reina con el Hijo en aquel alma perfecta, según el versículo un poquito antes citado: «Y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14, 23; Mt 13, 23; Mc 4, 20; Lc 8, 15). Pienso que ha de entenderse por reino de Dios el bienestar espiritual de la mente que regula y ordena los sabios pensamientos. El reino de Cristo consiste en las sabias palabras dirigidas a quie-

nes escuchan y en las buenas obras y otras virtudes que llevan a cabo. Porque el Hijo de Dios es para nosotros sabiduría y justicia» (1 Cor 1, 30). El pecador, en cambio, está bajo la tiranía del príncipe de este mundo (1 Cor 2, 6. 8; 2 Cor 4, 4). Todo pecador se hace amigo de este mundo, porque no se entrega a aquel «que se entregó a sí mismo por nuestros pecados para librarnos de este perverso mundo conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre», como se dice en la Carta a los gálatas (Gál 1, 4). Quien libremente se somete a la tiranía del príncipe de este mundo está dominado por el pecado. Por lo cual, Pablo nos pide que no permanezcamos más en pecado, pues nos esclaviza. Nos amonesta en los siguientes términos: «No reine, pues el pecado en vuestro cuerpo mortal de modo que obedezcáis a sus apetencias» (Rom 6, 12).

2. Con relación a las dos peticiones «santificado sea tu nombre» y «venga tu reino» dirá alguno que si llega el momento en que su oración es escuchada, según queda dicho, habrá llegado el tiempo en que sea santificado el nombre de Dios y, por tanto, habrá llegado su reino. Si esto sucede, ¿cómo podrá continuar pidiendo razonablemente por lo que ya está presente como si aún estuviese ausente y seguir diciendo «santificado sea tu nombre, venga tu Reino»?

A esto se responde. Quien pide «palabras de ciencia o palabras de sabiduría» (1 Cor 12, 8) siempre lo pide con rectitud, pues siendo escuchado acrecentará su sabiduría y ciencia. Pero conocerá «en parte» solamente por mucho que pueda conseguir en la vida presente. Y lo perfecto, que hace desaparecer «lo que es en parte» aparecerá «entonces» cuando la mente contemple «cara a cara» las realidades inteligibles por encima de las percepciones sensibles (1 Cor 13, 9-12). De igual modo ninguno de nosotros podrá lograr que sea santificado el nombre de Dios y que venga su reino mientras no alcance la perfección del conocimiento y sabiduría, y probablemente de otras virtudes también.

Nos hallamos en camino de perfección siempre que «olvidando lo que está detrás nos lanzamos a lo que está por delante»

(Flp 3, 14). A medida que progresamos alcanzaremos la cima del reino de Dios cumpliéndose la palabra del apóstol: «Cuando Cristo entregue a Dios Padre el Reino... para que Dios sea todo en todo» (1 Cor 15, 24-28). Por lo cual oremos «sin cesar» (1 Tes 5, 17) como divinizados por el Verbo y digamos a nuestro Padre que está en el cielo: «Santificado sea tu nombre, venga tu reino».

3. Aclaremos un punto sobre el reino de Dios. Como no hay «relación entre la justicia y la iniquidad, ni entre la luz y las tinieblas, ni armonía entre Cristo y Belial» (2 Cor 6, 14-15) no pueden darse en el mismo sujeto reino de Dios y reino del pecado. Por tanto, si queremos que Dios reine en nosotros, no reine en modo alguno el pecado en nuestro cuerpo mortal» (Rom 6, 12) ni sigamos sus preceptos cuando llama a nuestra alma para obras de la carne y cosas contrarias a Dios. Antes bien «mortifiquemos nuestros miembros terrenos» (Col 3, 5) y produzcamos frutos del Espíritu (Gál 5, 22; Jn 15, 8. 16) para que el Señor se pasee dentro de nosotros, como si en realidad fuésemos un paraíso espiritual (Gén 3, 8; 2 Cor 6, 16). Reine él solo sobre nosotros con su Cristo entronizado en el alma a la derecha del poder espiritual que deseamos alcanzar. Allí reine hasta que todos sus enemigos lleguen a ser escabel de sus pies. Desaparezcan sus enemigos con su autoridad y poder (1 Cor 15, 24; Mt 26, 64; Mc 14, 62; Lc 22, 69; Sal 110, 1; Is 66, 1). Esto puede suceder en cada uno de nosotros llegando a destruir el último enemigo que es la muerte, para que Cristo pueda decir en nosotros: «¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?» (1 Cor 15, 26. 55). Que lo corruptible en nosotros se vista de «incorruptibilidad». «Que este ser mortal se revista de inmortalidad» (1 Cor 15, 53-54) para que reinando Dios en nosotros participemos de los bienes de la «regeneración y resurrección» (Mt 19, 28).

d) HAGASÉ TU VOLUNTAD ASÍ EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

26. En la tierra como en el cielo

1. Lucas, después de «venga tu reino» omite esta petición y pone la siguiente: «Danos cada día nuestro pan sustancial» (Lc 11, 3). Examinemos la petición que se halla solo en Mateo, conforme al comentario que venimos haciendo. Mientras estemos en la tierra los que oramos y como entendemos que en el cielo cumplen la voluntad de Dios todos los que allí están, pidamos que nosotros en la tierra hagamos la voluntad de Dios como la cumplen ellos en el cielo. Esto es verdad si no hacemos nada contra su voluntad. Y cuando nosotros «en la tierra» cumplimos la voluntad de Dios como ellos «en el cielo» entonces heredaremos el reino de los cielos (Mt 25, 34) habiéndonos hecho semejantes a los que están en el cielo, pues, como ellos, llevamos la imagen del hombre celeste (1 Cor 15, 49). Los que nos sucedan podrán hacerse semejantes a nosotros que ya habremos llegado «a los cielos».

2. Las palabras «en la tierra como en el cielo». Que se encuentran sólo en Mateo, pueden también aplicarse a las demás peticiones, pues esto es lo que se nos manda en la oración. Santificado sea tu nombre así en la tierra como en el cielo. Venga tu reino así en la tierra como en el cielo. Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Los que están en el cielo han santificado el nombre de Dios, el reino de Dios ya está en ellos y ellos cumplen la voluntad de Dios. Todo esto que todavía no tenemos los que estamos en la tierra puede ser nuestro si merecemos que Dios nos escuche cuando lo pedimos.

3. Quizás alguno pregunte sobre «hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo» y diga: ¿Cómo es posible cumplir la voluntad de Dios en el cielo donde hay «espíritus malignos» (Ef 6, 12), lo cual explica que la «espada del Señor esté llena de sangre»? (Is 34, 6). Si pedimos que se cumpla la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo ¿no estaremos pidiendo sin darnos cuenta que los espíritus del mal permanezcan en la tierra adonde

han bajado del cielo? Hay muchos espíritus malos en la tierra debido a los espíritus del mal, vencedores «que están en las alturas» (Ef 6, 12).

Alguno quizás interprete alegóricamente la palabra cielo identificándola con Cristo. Asimismo la *tierra* con la Iglesia. ¿Quién, realmente, merece como Cristo ser «trono» del Padre?, qué hay más adecuado que la iglesia para ser el «escabel de sus pies»? (Heb 1, 8; Sal 45, 7; Hech 7, 49; Is 66, 1; 23, 4). De este modo resolverá fácilmente la cuestión planteada diciendo que todos los miembros de la Iglesia han de orar para disponerse a cumplir la voluntad del Padre (Jn 4, 34) llevándola a perfecto cumplimiento. Porque quien esté unido a él puede hacerse un espíritu con él (1 Cor 6, 17) y hacer su voluntad de manera que se cumpla en la tierra con la misma perfección que en el cielo. Pues, como dice san Pablo, «el que se une al Señor se hace un solo espíritu con él» (1 Cor 6,-17). Creo que quien comprenda bien esta interpretación no la despreciará fácilmente.

4. Pero si alguno la contradice que la compare con el pasaje final de san Mateo cuando, después de la resurrección, dice el Señor a los once discípulos: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra» (Mt 28, 18). Teniendo ya autoridad sobre lo que hay en el cielo, él dice que le ha sido dada también autoridad en la tierra. Porque el Verbo había iluminado antes lo que está en el cielo mientras que «al fin de los tiempos» cuando las cosas de este mundo lleguen a ser perfectas como las del cielo, a ejemplo de la transformación obrada en el Salvador por la autoridad dada al Hijo de Dios. Por tanto, podemos concluir que, por la oración, quiere a sus discípulos colaboradores ante el Padre para que, como las cosas del cielo están sometidas a la verdad y al Verbo, el Señor perfeccione las cosas de la tierra con la potestad recibida tanto en la tierra como en el cielo y llevar todo a la perfección bendita de las cosas sometidas a su poder.

A la luz de esto, quien desea que el cielo sea el salvador y tierra la iglesia, y dice que el cielo es el primogénito de toda la creación (Col 1, 15) en quien descansa el Padre como en su trono,

hallará que es el hombre Dios con su poder divino, habiéndose humillado por haberse hecho obediente hasta la muerte (Flp 2, 8) quien dijo después de la resurrección: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra» (Mt 28, 18). Porque la humanidad del Salvador recibió autoridad sobre las cosas del cielo, que pertenecen al Unigénito. El Unigénito las comunica a la humanidad del Salvador por estar incorporada a la divinidad.

5. Queda por resolver la segunda dificultad: ¿cómo puede cumplirse la voluntad de Dios en el cielo cuando los espíritus malignos que están en las alturas celestes (Li 6, 12) luchan contra los que están en la tierra? La dificultad puede resolverse de este modo. El que tiene su ciudadanía en el cielo (Flp 3, 20) aunque esté todavía en la tierra atesora en el cielo (Mt 6, 20; Lc 12, 34), tiene su corazón en el cielo y lleva la imagen del hombre celeste (1 Cor 15, 49). Una persona así ya no es terrenal. No es cuestión de lugar sino de voluntad libre; no pertenece a este mundo inferior sino al celestial, mejor que el de aquí abajo. De igual modo, los espíritus malignos que viven en lugares celestes (Ef 6, 12) tienen ciudadanía en la tierra y, por cuanto combaten contra los hombres, atesoran en la tierra (Mt 6, 19). Llevan la imagen del hombre terreno (1 Cor 15, 49), que es la obra maestra de Dios» (Job 40, 19) creada para escarnio de los ángeles. Tales espíritus no son celestiales ni habitan en lugares celestes pues tienen tan mala disposición.

Por tanto, cuando se dice: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» no debemos suponer que los espíritus malos están en el cielo, puesto que por su propia decisión han caído con el que «cayó del cielo como un rayo» (Lc 10, 18).

6. Cuando nuestro Salvador dice que debemos pedir porque se cumpla la voluntad del Padre en la tierra como en el cielo no está mandando solamente orar para que sean como los del cielo quienes están en un lugar de la tierra. Más bien Dios manda orar porque quiere que todo lo que hay en la «tierra», es decir, las cosas más bajas y sus afines se hagan como las más dignas que tienen su ciudadanía en el cielo (Flp 3, 20), las ya transformadas

en «celestiales». Porque el pecador es «tierra» dondequiera se encuentre y terreno será si no se arrepiente (Gén 3, 19). Pero el que cumple la voluntad de Dios y no desacata sus saludables leyes espirituales es «cielo».

Si, pues, somos tierra por el pecado, oremos para que también la voluntad de Dios nos disponga al arrepentimiento como transformó a los que nos han precedido y ahora son «cielo». Y si el Señor nos reconoce ya «cielo» y no «tierra» pidamos que la voluntad de Dios llegue a plenitud en la tierra como en el cielo. Quiero decir que la gente más baja se transforme de tierra en cielo, por así decir, para que en adelante no sean terrenales sino celestiales. Porque si la voluntad de Dios se cumple en la tierra como en el cielo, entendiéndolo como he dicho, entonces la tierra ya no es tierra. Lo diré más claro valiéndome de un ejemplo. Si la voluntad de Dios se cumple en el limpio corazón como en el impuro, el impuro se hará limpio de corazón. Y si la voluntad de Dios se cumple en los justos y en los injustos, los injustos se habrán transformado en justos. Por eso, si se cumple la voluntad de Dios «en la tierra» como «en el cielo» todos vendremos a ser «cielo». La carne de nada sirve para el cielo ni su aliada la sangre. «No pueden heredar el reino de los cielos» (Jn 6, 63; 1 Cor 6, 9-10; 15, 50). Pero serán escogidos para heredarlo si se transforman en la carne, tierra, polvo y sangre de los seres celestiales.

e) DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA

27. Nuestro pan sustancial

1. En la versión de Lucas «danos cada día nuestro pan sustancial». Como algunos piensan que esta petición se refiere al pan material, justo es refutar su opinión y aclarar la verdad sobre «el pan de cada día». Hay que decirles: ¿cómo aquel que nos manda pedir cosas grandes y celestiales puede mandarnos pedir pan para el cuerpo, lo cual no es ni grande ni celestial? Parece como si se

hubiese olvidado de sus enseñanzas y nos mandase presentar súplicas al Padre por algo terreno y sin importancia.

2. Siguiendo al maestro mismo, expondré lo que él enseña claramente sobre el pan. En el Evangelio de Juan dice a los que fueron a buscarle a Cafarnaún: «En verdad, en verdad os digo: vosotros me buscáis no porque habéis visto señales sino porque habéis visto los panes y os habéis saciado» (Jn 6, 26). El que come hasta saciarse de «los panes» que Jesús bendijo busca comprender mejor al Hijo de Dios y se apresura por ir hacia él. Por eso, mandó: «Obrad no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para la vida eterna, el que os da el Hijo del hombre» (Jn 6, 27).

Los que lo oyeron preguntaban: ¿Qué hemos de hacer para obrar las obras de Dios?». Y Jesús les respondió: «La obra de Dios es que creáis en quien él ha enviado» (Jn 6, 28-29). «Envió su palabra para sanarlos» (Sal 107, 20) como está escrito en los salmos refiriéndose claramente a los enfermos. Los que creen en el Verbo «hacen obras de Dios» que son alimento para la vida eterna. Y él dijo: «Mi padre es el que da verdadero pan del cielo; porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo» (Jn 6, 32-33). El verdadero pan es aquel que nutre al hombre verdadero, hecho a imagen de Dios; y el que es alimentado por este pan se hará a imagen y semejanza del Creador (Gén 1, 26-27; Col 3, 9-10). ¿Qué puede alimentar al alma más que el Verbo o qué hay más valioso que la sabiduría del Verbo para la mente del que lo entiende? ¿qué puede convenir a la naturaleza racional mejor que la verdad?

3. Si alguien objeta a esto diciendo que Cristo no nos habría enseñado a pedir «el pan de cada día» si hubiera querido decir algo distinto del pan terreno, sepa que en el Evangelio de san Juan habla de diferente pan, como distinto de sí, y otras veces identificándose con ello. Ejemplo de lo primero es: «Moisés no os dio el pan del cielo; es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo» (Jn 6, 32). Ejemplo de que estaba identificando el pan consigo mismo es la respuesta dada a los que le dijeron: «Danos

siempre de ese pan». Les dijo Jesús: «Yo soy el pan de la vida. El que venga a mí no tendrá hambre y el que crea en mí no tendrá nunca sed». Y un poco más adelante: «Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Si uno come de este pan vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar es mi carne por la vida del mundo» (Jn 6, 51).

4. Todo alimento se llama «pan» en la Escritura, como se ve claro por los escritos de Moisés: «Estuvó cuarenta días y cuarenta noches sin comer pan ni beber agua» (Dt 9, 9). Múltiple y variada es la palabra nutritiva, pues no todos pueden alimentarse con la solidez de las divinas enseñanzas. Por eso, cuando Cristo quiere ofrecer alimento de atletas, propio para los más perfectos, dice: «El pan que yo voy a dar es mi carne por la vida del mundo» (Jn 6, 51). Y un poquito más adelante: «Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Lo mismo que me ha enviado el Padre, que vive, y yo vivo por el Padre, también el que me come vivirá por mí» (Jn 6, 53-57). Este «verdadero alimento» es la «carne» de Cristo, que existiendo como Verbo se hizo carne conforme a la expresión: «El Verbo se hizo carne» (Jn 1, 14). Y también vive en nosotros cuando le comemos y bebemos (Jn 1, 14). Y cuando es repartido (Jn 6, 11) se cumplen las palabras: «Hemos visto su gloria» (Jn 1, 14). «Este es el pan bajado del cielo, no como el que comieron vuestros padres y murieron; el que come de este pan vivirá para siempre» (Jn 6, 58).

5. Y Pablo, hablando a los corintios como «niños» y como gente que se comporta de modo vulgar (1 Cor 3, 1) dice: «Os alimenté con leche no con alimento sólido, pues todavía no lo podíais soportar; ni aún lo soportáis al presente, pues sois carnales» (1 Cor 3, 2-3). A los hebreos dice: «Tenéis necesidad de leche en lugar de manjar sólido. Pues todo el que se nutre de leche desconoce la doctrina de la justicia, porque es niño. En cambio, el manjar sólido es de adultos; de aquellos que por la

costumbre tienen las facultades ejercitadas en el discernimiento del bien y del mal» (Heb 5, 12-14). Pienso que las palabras «uno cree poder comer de todo, mientras el débil no come más que verduras» (Rom 14, 2) se refieren ante todo a las palabras de Dios que alimentan el alma. No se refieren al alimento del cuerpo. El más fiel y perfecto puede participar en todo, como indican las palabras «uno cree poder comer de todo». Pero el otro que es más débil y menos perfecto se contenga con las enseñanzas más elementales que no le dan mucha fuerza, según lo expresa Pablo con las siguientes palabras: «El hombre enfermizo come solamente vegetales».

6. Me parece que Salomón enseña lo mismo en los Proverbios: el que por sus cortos conocimientos no puede entender las más vigorosas y elevadas enseñanzas pero se mantiene fiel en sus convicciones es mejor que otro inteligente y agudo, apto para captar estos temas con mayor profundidad pero que no ve claramente el valor de la paz y concordia universal. Dice así: «Más vale un plato de legumbre con cariño que un buey cebado con odio» (Prov 15, 17). Con frecuencia una comida ordinaria y sencilla dada de buena gana, cuando nos invitan los que no pueden ofrecernos nada más, la preferimos a explicaciones sublimes y altisonantes contra el conocimiento de Dios (1 Cor 10, 5) y proclamando con despliegue de elocuencia doctrinas contrarias a la ley y los profetas que nos dio el Padre de nuestro Señor Jesucristo (Mt 5, 17; 7, 12; 22, 40; Lc 16, 16).

Por consiguiente, para no enfermar por falta de alimento del alma o morir por hambre de la Palabra del Señor (Am 8, 11; Rom 14, 8; Gál 2, 19) pidamos al Padre nos dé el «pan vivo», que eso quiere decir el «pan de cada día». Sigamos las enseñanzas de nuestro Salvador creyendo y viviendo más dignamente.

7. Consideremos ahora lo que significa «cada día» (*epiού-sion*). Debemos conocer ante todo que la expresión «de cada día» no la emplean ni los griegos ni los sabios, ni es de uso frecuente entre las gentes. Parece más bien haber tenido origen en los Evangelios. Al menos Mateo y Lucas lo usan en igual sentido. Los que han traducido del hebreo las Escrituras lo han hecho

igual en otros casos. ¿Qué griego ha usado jamás las formas «meter en los oídos» o «dar a oír» (*enotizo akoutisthei*) en vez de «escuchar» y «or»? (Job 33, 1; 31, 34; 16, 37; Is 1, 2). Algo parecido a la expresión «de cada día» es lo que escribió Moisés cuando dice Dios: «Seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos» (Ex 19, 5-6). Me parece que estos dos términos se han formado de «ser» (*ousa* = sustancia). Lo referente al pan porque va unido a «ser», y lo otro porque significa al pueblo que habita en torno al «ser» y participa de él.

8. Los que opinan que sustancia (*hypóstasis*) principalmente se refiere a las realidades incorpóreas, lo refieren al «ser» en su sentido estricto, inmaterial, esencial, que no admite ni más ni menos, ni sufre pérdida alguna. Crecer o menguar es propiedad de los cuerpos sujetos a crecimiento o disminución, porque son corruptibles y necesitan de algo que les sirva de apoyo y nutrición. Crecen cuando hay más entrada que salidas, disminuyen cuando hay más salidas que entradas. Y cuando hay algo que no recibe nada está, por así decir, en estado de disminución absoluta.

Quienes piensan que «el ser» se refiere ante todo a lo material y secundariamente a lo incorpóreo dan las siguientes definiciones de «ser»: materia prima (*hylé*) de la que están hechas todas las cosas, materia de los cuerpos o de la que éstos proceden y materia de lo que se llame «ser». Se plantean este dilema: o dicen que sustancia es primer sustrato, carente de cualidad, existente antes de cualquier ser..., o recibe todos los cambios y alteraciones mientras que el ser por definición permanece idéntico e invariable, subyacente a todo cambio o alteración. Según tales señores, por definición el ser no tiene cualidad ni figura ni medida determinada; es como el lugar donde todas las cualidades tienen asiento. Dicen que el ser, por definición, no participa de ninguna de estas cosas pero que es inseparable de ellas en cuanto potencia o capacidad de recibir cualquier energía o acto causado por la forma que lo alcance. Por su propio vigor de ser lo invade todo viniendo a ser causa de las cualidades y circunstancias concomi-

tantes. Dicen también que el ser es intercambiable y divisible de manera que mezclándose con otra sustancia sigue siendo una unidad.

9. Discurriendo sobre el «ser sustancia» con motivo del pan «de cada día» y de la gente que lo quiere poseer, concluimos que se pueden distinguir sustancias diferentes. Por lo dicho anteriormente queda demostrado que hemos de pedir el pan espiritual. Se deduce, pues, que sustancia y pan han de entenderse idénticos. El pan corporal que se da a la persona para alimentarse se identifica con ella. Así también «el pan vivo bajado del cielo» dado al alma y al espíritu comunica su poder a la persona que se alimenta con ello. De este modo el pan que pedimos será «de cada día» en el sentido de que ha de ser «para nuestra sustancia», pan sustancial.

La persona al nutrirse se robustece de distinto modo según sea la calidad del alimento: sólido y adecuado para atletas, o a base de leche y vegetales. Eso sucede con la palabra de Dios, que se da como leche y vegetales a niños y enfermos o como carne para los que combaten. Cada cual se nutre en la medida en que se dispone a sí mismo a recibir el poder de la palabra, pudiendo en grado distinto hacer cosas diferentes y viniendo a ser diferente clase de personas. Naturalmente, también hay alimentos venenosos, otros que causan enfermedades, y algunos que no pueden distribuirse. Esto hace referencia analógica a las diferentes clases de doctrinas que se suponen nutritivas. Por tanto, «el pan de cada día», que es «pan para la sustancia», corresponde más de cerca a la naturaleza racional y está emparentado con lo más íntimo del propio ser. Al mismo tiempo proporciona salud, energía y fortaleza del alma. Y como el Verbo de Dios es inmortal comparte su propia inmortalidad con quien le come.

10. A este «pan de cada día para nuestra sustancia» me parece que se le da también otro nombre en la Escritura: «árbol de vida», porque quien alarga su mano y lo recibe «vivirá para siempre» (Gén 3, 22). Como tercer nombre se le puede llamar con Salomón «sabiduría de Dios». El texto dice: «Es árbol de

vida para los que a ella están asidos; felices son los que la abrazan» (Prov 3, 18). Y como los ángeles se alimentan de la sabiduría de Dios y de su contemplación reciben la fuerza para cumplir sus tareas específicas, se dice en los salmos que los ángeles también se alimentan, mientras que el pueblo de Dios o «hebreos» comparten con los ángeles. Como si lo fueran están invitados al banquete de ellos. Así lo dice el salmo: «Pan de ángeles comió el hombre» (Sal 78, 25). Ciertamente, no somos tan cortos de inteligencia como para pensar que los ángeles se nutren participando siempre de una especie de pan material como se nos dice que cayó del cielo para los que habían salido de Egipto. Ni que éste fue el pan que los hebreos compartieron con los ángeles, espíritus que sirven a Dios.

11. No está fuera de lugar que al discurrir sobre el «pan de cada día para nuestra sustancia», árbol de la vida, sabiduría de Dios y alimento que comparten hombres santos y ángeles, notemos también el pasaje del Génesis sobre los tres hombres que recibió Abrahán y participaron de las tres medidas amasadas de flor de harina, cocidas sobre las brasas (Gén 18, 2). Tal vez estas cosas fueron escritas para entenderlas en sentido figurado, pues los santos pueden a veces compartir el alimento espiritual y racional no sólo con hombres sino con los poderes divinos, para provecho suyo o para mostrar que les ha sido otorgado poder de adquirir tan gran alimento. Se alegran los ángeles y se alimentan con tal manifestación. Se disponen a prestar su ayuda por todos los medios y a inspirarles con más elevadas doctrinas de aquel que alegra y, por así decirlo, les alimenta con doctrina previamente preparada. Nada de extrañamiento que el hombre alimente a los ángeles cuando el mismo Cristo dice que «está a la puerta y llama» (Ap 3, 20) hasta entrar donde le abren y comer con él lo que haya. Después, conforme a su poder de Hijo de Dios, compartirá sus propios alimentos con el que los haya recibido.

12. Quien participa del «pan de cada día para la propia sustancia» se fortalece en su corazón y viene a ser hijo de Dios (Sal 104, 15; Sant 5, 8; 1 Tes-3, 13). Pero el que come con «el dragón»